

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Personalidades

Ramón María Serrera
(COORDINADOR)

María Salud Elvás Iniesta
Susana Pastor Portillo
(ASISTENTES DE COORDINACIÓN)

Leandro Álvarez Rey José Antonio Ollero Pina
Gerardo Pérez Calero Rogelio Reyes Cano
Manuel Romero Tallafigo Juan Luis Rubio Mayoral
Guadalupe Trigueros Gordillo
(CONSEJO CIENTÍFICO ASESOR)



SEVILLA 2015

Colección: Textos Institucionales
Núm.: 69

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino
(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)
Eduardo Ferrer Albelda
(Subdirector)

Manuel Espejo y Lerdo de Tejada
Juan José Iglesias Rodríguez
Juan Jiménez-Castellanos Ballesteros
Isabel López Calderón
Juan Montero Delgado
Lourdes Munduate Jaca
Jaime Navarro Casas
M^a del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Adoración Rueda Rueda
Rosario Villegas Sánchez

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Motivo de cubierta: Fachada principal de la Universidad de Sevilla. Acuarela.
Dibujo realizado por Héctor David Arévalo Marchán en la segunda Cátedra de Análisis de Formas Arquitectónicas de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, bajo la dirección de Helena Iglesias.

© Editorial Universidad de Sevilla 2015
Porvenir, 27 - 41013 Sevilla
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: eus4@us.es
Web: <<http://www.editorial.us.es>>

© Ramón María Serrera (coordinador) 2015

© Por los textos, los autores 2015

Impreso en papel ecológico
Impreso en España-Printed in Spain

ISBN: 978-84-472-1762-5
Depósito Legal: SE 739-2015

Diseño de cubierta: Inmaculada Peña Cáceres
Tratamiento de imágenes: Fernando Fernández Silva
Diseño de interior y maquetación: Mateo Sánchez. Unidad Técnica de la Editorial Universidad de Sevilla
Impresión: Imprenta Kadmos

Sevilla en el Congreso de los Diputados en las elecciones de 1989, 1993, 1996, 2000 y 2004. Además, no olvidó su compromiso con el partido, fue coordinador de comisiones en el Grupo Popular de la Cámara Baja en 1990 y vicesecretario general del PP (1991-1993). También fue elegido presidente del PP de Andalucía (1993-1999) y senador durante el mismo período.

José María Aznar le designó como ministro de Trabajo y Asuntos Sociales en 1996 y, más tarde, secretario general del Partido Popular. En 2002 fue nombrado ministro de Administraciones Públicas y, a finales de 2003, se convirtió en vicepresidente segundo del Gobierno y ministro de la Presidencia. Tras la derrota en las elecciones del 14 de marzo de 2004, renunció a su escaño en la Cámara Baja para impulsar la situación de su partido en su comunidad autónoma, Andalucía, convirtiéndose así en el presidente del PP andaluz. En ese mismo año presentó su candidatura a la Presidencia de la Junta de Andalucía para las elecciones de 2008, donde obtuvo el mejor resultado de su partido en las urnas andaluzas, aunque no fue suficiente para superar los numerosos votos del PSOE sumados a los de IU. Tras este contratiempo tan solo pudo desarrollar el cargo



Francisco Javier Arenas Bocanegra

de diputado por la provincia de Almería en el Parlamento de Andalucía (2008).

En las elecciones de 2012 llevó al Partido Popular a ser la lista más votada en las autonómicas andaluzas por primera vez, con el 40,66% de los votos, pero de nuevo una alianza entre PSOE e IU acabaron con sus expectativas de ser presidente de la Junta de Andalucía. En la actualidad desempeña el puesto de portavoz del Grupo Parlamentario Popular en el Parlamento de Andalucía.

Susana Pastor Portillo

ARIAS MONTANO, Benito (1525/1527-1598).

Aun cuando hubiera nacido en Fregenal de la Sierra (Badajoz), Benito Arias Montano se identificó en la portada de todos y cada uno de sus libros como «hispalensis», mostrando así los fuertes vínculos que le unieron a Sevilla. No en vano, hubo de trasladarse la ciudad hacia los trece años, con la intención de continuar su formación académica. Allí estableció relaciones que luego serían decisivas en su vida, ya fuera con las familias Vélez de Alcocer o Díaz Becerril, ya con clérigos como Cristóbal Fernández de Valtodano, Juan Fernández Temiño o Diego Vázquez de Alderete, en cuya casa trató a Mateo Vázquez, el futuro y poderosísimo secretario de Felipe II. Forjó también entonces decisivas

amistades en ámbitos intelectuales con el médico Simón de Tovar, con Francisco Pacheco o con Pedro Mexía, el héroe intelectual del momento. De esos años conservamos el testimonio directo de Cipriano de Valera, protestante huido del convento de San Isidoro del Campo, que, en la «Exhortación al cristiano lector» de su traducción castellana de la Biblia (1602), aseguraba haberle conocido en esos años y daba cuenta de sus contactos con una nueva espiritualidad hispalense: «En Sevilla dio gran muestra en sus estudios de lo que después avía de ser. Oía de muy buena gana la doctrina de los buenos predicadores de Sevilla, como del doctor Constantino, del doctor Egidio y de otros tales, que Dios levantó en Sevilla en aquel tiempo».

El joven humanista comenzó su formación más avanzada en la Universidad de Sevilla, donde estudió los tres primeros años de Artes entre 1545 y 1547, para pasar luego a la Universidad de Alcalá de Henares. De esos años conocemos la biblioteca personal que Montano llevó consigo a Alcalá por una «Lista de los libros que tengo», firmada el 8 de febrero de 1548. Son 128 obras en varios volúmenes, que nos hablan de una persona formada, con intereses múltiples y con dinero suficiente como para reunir estampaciones de media Europa. En los años que siguen, Arias Montano se consagró al estudio, repartiendo su tiempo entre Alcalá, Salamanca, Sevilla y su muy amada Peña de Alájar, en la Sierra de Huelva. Pero ya en 1562 lo vemos acompañando a Martín Pérez de Ayala, obispo de Segovia, como teólogo en el Concilio de Trento y no mucho después, en 1566, convertido en capellán real.

Pero el año decisivo para su vida intelectual fue el de 1568, cuando recibió, por parte del monarca, el encargo de trasladarse a Amberes para coordinar los trabajos de edición e impresión de la Biblia Políglota que se preparaba en la oficina de Cristóbal Plantino. Con algo más de cuarenta años y con solo algunos poemas publicados, se convertirá en la cabeza visible de una de las más ambiciosas empresas intelectuales del siglo. En Flandes, se integró en un mundo más libre y efervescente que la Castilla del siglo XVI, y no solo para cumplir con sus tareas de biblista, sino ejerciendo labores muy diversas, como las de agente librero para el rey, consejero político del duque de Alba o de don Luis de Requesens o responsable de un índice expurgatorio de libros, que escapó a las prohibiciones absolutas que se hicieron desde Roma con no pocos autores, entre los que se encontraba el mismísimo Erasmo de Rotterdam. Al tiempo, la imprenta de Plantino se convirtió en un ámbito de intercambio de saberes con algunos de los más destacados estudiosos del momento y en cauce perfecto para dar a luz su ingente obra de comentarios bíblicos, de poesía latina y emblemática sagrada. Durante esos años, Arias Montano recorrió Europa para llegar a convertirse en una figura esencial para el pensamiento de la época.

Ese tiempo de feliz entrega al estudio, lejos del rigor hispánico y de las amenazas inquisitoriales, terminó para Montano en 1574, al tiempo en que Felipe II le ordena regresar a España. Aun así, entre viajes a Italia

y excusas varias, consiguió aplazar la vuelta hasta junio de 1576, cuando se incorporó como bibliotecario real a la vida del monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial. De su labor allí nos queda el testimonio terrible, pero apasionante, del proceso inquisitorial contra fray José de Sigüenza, su principal discípulo escorialense, que puede entenderse como un reflejo a escala de los conflictos vividos en la España de la Contrarreforma. Entre ires y venires, el biblista permaneció en la corte hasta 1592, para establecerse definitivamente en Sevilla tras ser elegido prior del convento de Santiago de la Espada. Poco después, compró la finca del «Campo de Flores», en torno a la cual comenzó a reunirse un grupo de sabios amigos, entre los que se encontraban el canónigo Francisco Pacheco, Francisco de Medina, el doctor Ladínez y el también doctor Sánchez de Oropesa, Luciano de Negrón, Pedro Vélez de Guevara, Simón de Tovar, Pablo de Céspedes, Francisco Yáñez, Juan del Caño o su más amado heredero intelectual, Pedro de Valencia. Y es que Montano, que hubo de ser una persona fascinante, fue dejando un reguero de devotos por los muchos lugares que recorrió en su vida, hasta que murió, en la misma ciudad de Sevilla, el 6 de julio de 1598.

Al poco de morir, el pintor Francisco Pacheco hizo una encendida apología del humanista en su *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, donde encarece no solo su conocimiento de «once lenguas» o «su vida tan ejemplar e inculpa-ble», sino que lo compara con san Jerónimo y recuerda la moderación de sus costumbres: «Jamás bebió vino ni comió más que una vez, y esto a la noche y un solo manjar, carne o pescado, leche o hierbas». Medio siglo después, Rodrigo Caro todavía lo recordaba con veneración entre sus *Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla*: «Su estatura fue pequeña, el rostro tiraba más a moreno. No comió en su vida carne, sino hierbas, y esto a la tarde».

Benito Arias Montano fue un personaje complejo, rico en matices y de caras tan múltiples que resultan, a menudo, contradictorias. En él se suman el misticismo de quien afirmaba haber recibido buena parte de sus conocimientos por inspiración divina y la solícita preocupación por su patrimonio económico, que estuvo lejos de ser pequeño; la fe ciega en la Biblia como palabra revelada y el conocimiento de la ciencia más moderna; la continua voluntad de retiro y en la implicación en la



EL DOTOR BENITO ARIAS MONTANO.

16,

Conasco la gran de obligacion en que me pone el sugeto presente, alientanme em-
pero tantos varones doctos, que empleados en su alabanca suplen la insuficiencia
mia. bien veo que me obligo a mucho, i que siempre fue dificil escrevir bien isto-
ria, pues quando no uviera otra cosa, la obligacion de tratar verdad bastava.
(en

política más inmediata. Su pensamiento parte siempre de la palabra sagrada, ahondado en el conocimiento de las lenguas bíblicas, en la historia, la astrología, la numismática o la geografía, es decir, en todo aquello que consideró para comprender su sentido, pero aspiró siempre a aplicar ese conocimiento a la realidad del mundo y a la vida material de sus contemporáneos. No fue, pues, Montano un sabio sin más, vuelto sobre sus libros, sino un hombre inserto en su propio tiempo, viajero y cosmopolita, atento a todos los conocimientos físicos, médicos, arquitectónicos o geográficos que la Edad Moderna aportó, colector de plantas americanas y conchas marinas, conocedor de lenguas

innumerables y en contacto con la Europa más viva del siglo XVI. Su figura intelectual se eleva a la altura histórica de las de Erasmo de Rotterdam, Juan Luis Vives o Justo Lipsio, pero, más aún que ellos y por su proximidad a los núcleos de poder del imperio español, su intervención en la inmediatez de los hechos fue más concreta y decisiva. La muerte de Montano marca, en cierto modo, el fin de un modo de pensamiento que se inició con Petrarca, Lorenzo Valla o el mismo Erasmo, aunque, al tiempo, en su pensamiento y su obra se atisban los indicios de un mundo nuevo que entonces comenzaba a construirse.

Luis Gómez Canseco

ARJONA Y CUBAS, Manuel María de (1771-1820). Nació en Osuna (Sevilla) en el seno de una familia acomodada de la pequeña nobleza que estaba al servicio de la casa ducal del mismo título. Su padre fue regidor de la ciudad, y entre 1825 y 1833 su hermano José Manuel llegaría a ser Asistente de Sevilla, puesto desde el que realizó una importante labor política e impulsó grandes reformas y mejoras urbanísticas. Muy dotado intelectualmente desde su niñez, cursó estudios en la Universidad de su pueblo natal, donde obtuvo el grado de licenciado en Filosofía (1784) así como el doctorado en Cánones y en Derecho. Hizo también varios años de Teología. Pronto se trasladó a Sevilla como becario del Colegio de Santa María de Jesús y fundó la Academia Horaciana (1788), que comenzó sus sesiones en la casa de Álvaro Pacheco, marqués de Gandul, y luego en la biblioteca pública del convento de San Acasio, hoy sede del Círculo de Labradores en la calle Pedro Caravaca. Arjona, además de ejercer por algún tiempo su cometido de director y principal impulsor de la Academia, presentó en sus sesiones «algunas traducciones de Horacio y otros poemas ligeros».

En 1790 ingresa en el ya citado Colegio de Santa María de Jesús, en el que cursa entre 1791 y 1794 los tres años que le faltaban para obtener la licenciatura en Teología. Allí desarrolló una excelente labor de magisterio intelectual y poético sobre algunos de los jóvenes universitarios más aventajados: Alberto Lista, José María Blanco, Félix José Reinoso y Eduardo Adrián Vácquer. Tal como el propio Blanco recuerda en las páginas de su *Autobiografía*, las habitaciones de Arjona

se convirtieron en una verdadera tertulia en la que aquellos inquietos estudiantes se iniciaron en la reflexión crítica y en el gusto literario gracias a la erudición, creando un ambiente grato y distendido que algunos de ellos añorarán más tarde. Todos reconocieron siempre su deuda intelectual y humana para quien había sabido despertar en ellos la pasión por la literatura. Esta tertulia de carácter informal terminaría derivando, también bajo el impulso y la animación del propio Arjona, en una institución de más alto empeño: la Academia Particular de Letras Humanas (1793-1802), germen, como ya hemos señalado, de la más valiosa actividad poética de la Sevilla de entonces.

En 1793 ingresa en la Sociedad Económica de Sevilla, una de las instituciones más importantes de la ciudad, afanada, bajo la protección de Pablo de Olavide, en una política de reformas de orden social y cultural que produjo valiosos frutos. En su seno Arjona aplica su rica experiencia docente proponiendo nuevas fórmulas en el campo de la educación pública. Un año después de su entrada en la Económica se propone la difícil tarea de fundar en el Colegio de Santa María de Jesús una Academia de Historia Eclesiástica, disciplina que no se contemplaba o estaba muy escasamente atendida en los planes de estudio de la universidad pública. Como no se pudo obtener su aprobación oficial, la Academia funcionó con carácter privado en medio de algunas dificultades, dada su orientación reformista próxima a las ideas del jansenismo, que habían sido objeto de varias condenas papales. Ordenado sacerdote en 1795, vivirá su

cara al gobernador civil de Sevilla para impedir la entrada de las fuerzas del orden en el recinto universitario.

En esta época convulsa de la historia de España, algunos intelectuales españoles, con Ortega y Gasset a la cabeza, colaboraron en el movimiento republicano formando la Agrupación al Servicio de la República. Ramón Carande Thovar se unió a este grupo, dimitiendo de su cargo de rector de la Universidad de Sevilla el 28 de marzo de 1931 y cesando del cargo dos días después, dos semanas antes de la proclamación de la Segunda República Española, en la que durante dos años Carande desempeñó el cargo de consejero permanente de Estado, a instancias de Alcalá Zamora.

La pérdida de su trabajo de investigación sobre la hacienda de los Trastámaras en un incendio durante la guerra civil española hizo que reorientara su investigación hacia la Hacienda de la primera mitad del siglo XVI, que se convertiría en su gran obra maestra, *Carlos V y sus banqueros*.

Carande falleció el 1 de septiembre de 1986 en Almendral (Badajoz), después de 99 años dedicados a la investigación y al trabajo continuado, que merecieron innumerables reconocimientos, como su nombramiento como Hijo Predilecto de Andalucía, doctor *honoris causa* por las universidades de Lille, Colonia, Valladolid, Madrid y Salamanca y la concesión del Premio Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales en 1985.

Rocío Yñiguez Ovando



CARO, Rodrigo (1573-1647). Entre los escritores sevillanos del Siglo de Oro, Rodrigo Caro se señaló por su fuerte conciencia de sevilianismo histórico, pues toda su obra erudita o poética es un canto de alabanza a la Sevilla que fue y a la que era entonces. Pero antes llegar a ser hombre de letras, Caro había nacido en Utrera en 1573, donde se bautizó el 4 de octubre de ese mismo año como hijo de Bernabé Sánchez de Salamanca y Francisca Caro. Nada se sabe de su infancia, más allá de lo que él mismo dejó entrever en sus *Días geniales o lúdricos*, pero ya en 1590 andaba matriculado de cánones en la Universidad de Osuna. La muerte de su padre le obligaría a trasladarse a Sevilla, en cuya Universidad —y ya bajo la tutela de su tío Juan Díaz Caro— alcanzó a obtener finalmente el título de licenciado hacia 1596. Fue en esos años de estudiante hispalense cuando tuvo lugar una visita a las ruinas de Itálica, que sería decisiva para su vida intelectual y literaria.

Entre 1598, cuando ya consta como sacerdote ordenado, y 1620, su vida transcurre de nuevo en Utrera al cuidado de su familia, disfrutando de un beneficio en la parroquia de Santa María, ejerciendo como abogado de la villa en varios pleitos, opositando a la capellanía de San Miguel en Sevilla, pero con tiempo también para componer su primera obra de enjundia, el *Memorial de Utrera*, y para concurrir a certámenes poéticos en la capital, como el de la beatificación de san Ignacio de Loyola en 1610 o el de la Purísima

Concepción en 1616. Hacia 1618 tuvo la primera noticia de la *Omnimoda Historia*, obra atribuida a Flavio Lucio Dextro, aunque fuera, en realidad, pura invención del padre Jerónimo Román de la Higuera. Caro creyó a pies juntillas en el fraude, animado acaso por las noticias sobre santos locales. Y solo dos años después, en 1620, consiguió ante el arzobispado un rezado particular para los muy improbables santos utreranos Estratón, Rufino, Rufiniano, Severo y Artemidoro. No contento con ello, se ocupó en preparar una edición crítica del texto apócrifo, que vio la luz en 1627 con el solemne título de *Flavii Luci Dextri V. C. Omnimodae Historiae. quae extant fragmenta, cum Chronico M. Maximi et Helecae, ac S. Braulionis Caesaraugustanorum Episcoporum, Notis Ruderici Cari illustrata*. Desde entonces, todas y cada una de sus labores como historiador y anticuario se vieron oscurecidas por esta batalla en torno a los falsos cronicones.

Pero la verdadera vida pública de Caro no se inició hasta 1621, cuando el arzobispo Pedro Vaca de Castro lo nombró letrado de cámara. En años sucesivos, serviría a los nuevos arzobispos, Luis Fernández de Córdoba, Diego de Guzmán o los cardenales Gaspar de Borja y Agustín Espínola en cargos como censor de libros, consultor del Santo Oficio, juez eclesiástico, vicario general de la Iglesia hispalense, visitador de fábricas y conventos de monjas, juez de testamentos, visitador de hospitales y cofradías o examinador general, cargos todos que ocupó en diversos momentos de su vida



Rodrigo Caro

y que le llevaron a asentarse definitivamente en Sevilla desde 1627. Esos mismos quehaceres y reconocimientos le acarrearón un buen número de sinsabores, como sus largos enfrentamientos con el oidor Morquecho y hasta un breve destierro en Portugal sobrevenido por su resistencia, en 1632, al pago de un impuesto reclamado a la archidiócesis hispalense. Se añadió a ello un mal generalizado entre los españoles de la época, el de las esperanzas cortesanas. Ya en 1626 lo vemos intentado seguir a don Alonso de Guzmán en su destino madrileño. En 1634, aprovechando el general reconocimiento que le granjeó la publicación de sus *Antigüedades y Principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla*, volvió inútilmente a la carga en sus solicitudes ante Francisco de Rioja, antiguo amigo y secretario entonces del conde-duque de Olivares. Y todavía en 1641 lo vemos solicitando la vacante de cronista de Indias, muerto su titular, don Tomás Tamayo de Vargas. Y todo en vano.

Ya solo le esperaba la muerte. En 1645, renunció a la capellanía en San Miguel, declarándose impedido para acudir honestamente a su servicio. El 5 de agosto de 1647 otorga testamento y solo cinco días después muere. A su lado estaba el racionero Martín Vázquez Siruela, que dejó testimonio excepcional en los momentos finales de un hombre íntegro y bueno aun en las adversidades: «Halleme a su cabecera, envidiando la quietud de conciencia con que dejaba esta vida». Sus restos fueron depositados en su querida iglesia de San Miguel y, ya en el siglo XIX, trasladados al Panteón de Sevillanos Ilustres, en la actual iglesia de la Anunciación.

Rodrigo Caro fue, ante todo, un hombre entre libros. Y acaso eligió esa vida porque el mundo se fue convirtiendo para él en un lugar inhabitable y agrio. Libros y ruinas encauzaron su afán de estudio hacia la Antigüedad, que a partir de entonces sintió como «sagrada» y que se ofreció siempre como referente moral e intelectual. Así se sigue de sus principales obras eruditas, como el *Memorial de Utrera*, la *Relación de las inscripciones y antigüedad de la Villa de Utrera*, el *Santuario de Nuestra Señora de la Consolación* (impreso en 1622), las enciclopédicas *Antigüedades y Principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla y corografía de su convento jurídico o antigua chancillería*, el hoy perdido *Veterum Hispaniae Deorum Manes sive Reliquiae*, los extraordinarios *Días geniales o lúdicos*, que buscan una raíz antigua para los juegos infantiles contemporáneos, o los *Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla*, cuya elaboración interrumpió su muerte. Lo mismo puede decirse de sus poemas latinos o de la famosísima «Canción a las ruinas de Itálica», por la que todavía nos llega vivo su nombre y que no hay que entender sino como el lamento retórico por un pasado glorioso y ya devastado por el tiempo. Fue probablemente bajo esa sombra tutelar de las ruinas de Itálica donde se gestó el discurso de Sevilla como una nueva Roma, que las gentes de letras hispalenses, con Rodrigo Caro a la cabeza, convirtieron en imagen oficial de una ciudad de la que Cervantes escribiría —y no sin sorna— aquello de «Roma triunfante en ánimo y grandeza».

Luis Gómez Canseco



CARRETERO LUCA DE TENA, Juan (1890-1952). Estudia el bachiller en el colegio sevillano de los Escolapios y luego inicia estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla, pero concluye los de Derecho. Trabaja algún tiempo en un bufete local y consigue una beca para ampliar estudios de Derecho Político en Suiza. Durante dos años, 1916-1917, reside en Ginebra, pero ya ha iniciado sus colaboraciones en la prensa sevillana y en 1914 ha publicado una serie de artículos en *La Exposición*, que se declara «revista hispanoamericana», donde desarrolla una sugestiva y equilibrada visión del regionalismo andaluz. Aparecen también en 1915 algunos en *Bética*, la

más relevante publicación andalucista, curiosamente sobre Gibraltar. Cuando reside en Ginebra envía a los medios sevillanos artículos costumbristas con su punto de ironía. Posteriormente publicará en *Blanco y Negro* algunas reflexiones sobre el país.

Al regreso de Suiza, vive un tiempo en Madrid y colabora con artículos en *ABC* —es sobrino del fundador de Prensa Española—, con frecuencia sobre temas sevillanos y utilizando el seudónimo de Agustín Torreblanca. Su vocación clara es ya ejercer el periodismo en su ciudad natal, de la que nunca se desvincula, y la oportunidad llega en 1919 cuando el diario local *El Noticiero Sevillano* cambia de dueño y el